

Los cuadernos de tapa dura

Por Lavinia Pérez Taján¹

A las 9 de la mañana de un día de abril de 1993 bajé del colectivo que todos los días me dejaba sobre Las Heras, en la esquina del supermercado Disco: estaba llegando tarde. Caminé rápido por República Árabe Siria mientras buscaba mis llaves en la mochila antes de llegar al edificio, a la puerta pesada de madera con herraje de bronce y al ascensor que subía lento hasta el quinto piso. En esa construcción antigua, de paredes gruesas y pisos de parquet funcionaba el consultorio de David Maldavsky y Clara Roitman. Trabajé durante un tiempo como su secretaria mientras estudiaba Psicología en la Universidad del Salvador, facultad que lo tuvo como titular de Psicología Profunda durante muchos años: allí asistí por primera vez a sus clases.

David había iniciado la jornada desde muy temprano para cuando yo entraba al consultorio. En un pequeño cuartito al lado de la cocina había un fax apoyado en un escritorio, borradores con correcciones y un cuaderno de tapa dura en el que los dos escribían a mano una lista de tareas para mí. Era fácil distinguir la letra rápida, chiquita e inclinada hacia la derecha de David; pausada y redonda la de Clara. Eran listas extensas que incluían tareas como pagar impuestos, hacer depósitos bancarios o comprar las galletitas surtidas y el café -uno torrado de Bonafide- con el que siempre convidaba a sus visitas. A veces me tocaba regar las macetas de los balcones y cortar flores para reemplazar las que había en distintos rincones del departamento. Entre mis tareas estaba también la de pasar por la casa de David -un departamento ubicado a pocas cuadras- a buscar un taper con comida que yo debía llevar a su mamá, también vecina del barrio: era una señora bajita y canosa, como él. Y muy amable, como él.

En ese mismo cuaderno yo dejaba notas con mensajes de llamadas, avisos de tareas cumplidas y pendientes o anticipaba trámites para el día siguiente. Ese era el sistema de mensajería. A veces encontraba notas garabateadas en los márgenes, palabras sueltas que David escribía durante sus frecuentes conversaciones telefónicas: había huellas de escritura en todos lados.

Me gustaba ese trabajo, el de ser su secretaria. Y me gustaba el consultorio: olía a fresco y a café recién hecho, a madera y a libros. David era capaz de trabajar muchas horas de corrido recibiendo grupos de supervisión o de estudio. Él mismo llevaba su agenda en una época en que aún no teníamos celulares,

1

Narradora. Lic. en Psicología USAL, ex-residente de Salud Mental del GCBA, ex-alumna de la Maestría en Problemas y Patologías del Desvalimiento de UCES. E-mail: laviniapereztajan@gmail.com

internet ni computadoras. Mis tareas preferidas: archivar el correo y mecanografiar cartas que David enviaba por fax. Toda su correspondencia estaba guardada en carpetas ordenadas con prolijidad en varios estantes de esa pequeña oficina. Alguien más se ocupaba de desgrabar las clases y pasar en limpio los borradores de sus artículos y libros. Estoy casi segura de haber archivado correo que enviaba y recibía de René Kaës y de André Green -nombres que apenas significaban algo para la estudiante joven que yo era, aunque no tardaría mucho en comprender que David estaba intercambiando impresiones clínicas y teóricas con grandes autores del psicoanálisis-.

A mi formación como psicóloga le faltaban todavía años de universidad, una residencia clínica y la invitación a participar en lo que sería la primera camada de alumnos de la Maestría en Problemas y Patologías del Desvalimiento en la que por aquellos años fue la Universidad de Bar Ilán. No me hubiera animado a inscribirme si no hubiera sido por su insistencia, que siempre agradecí. Tuve la suerte de escuchar a docentes que supe admirar, respetar y querer, y de aprender muchísimo de compañeros con más experiencia clínica y recorrido teórico que el mío.

Años más tarde me daría cuenta de que en ese tiempo yo había construido recuerdos significativos que me acompañarían hasta hoy: el nexo entre pensamiento y escritura, el afecto particular que se construye con quienes se comparte el aprendizaje y el intercambio sostenido a lo largo de muchos años, café de por medio o por mail. Siempre la correspondencia, la palabra que circula y construye subjetividad. A veces pienso que David permanece en todos los que lo escribimos o, mejor, cuando olvidamos que lo estamos escribiendo, y garabateamos ideas en algún cuaderno de tapa dura.